

dato. En aquel momento, al despedirse también de Susana, se acordó de la bravura de ésta para con Mac Stinger; de modo que volvió á repetir sus palabras: «pero, en fin, ¿está usted segura?»

Cuando en la desolada casa cerróse la puerta, quedándose dentro las dos jóvenes, el pensamiento del capitán se fijó en su viejo amigo Solomón. Se sintió mal. Así, en vez de volverse á su casa, echó á andar por las calles, hasta que ya cansado se fué á comer en cierta tiendecilla de la City, una sala ya llena de parroquianos, todos gente de mar, de sombreros de hule. Tenía el capitán la intención de pasar, después de comer, por delante de casa de Solomón y dar un vistazo en previsión de si ocurría alguna cosa. Así lo hizo. Cuando pasó por delante de la tienda, todavía estaba la puerta abierta; en la trastienda se encontraba su amigo, escribiendo con la mayor atención y sin levantar la cabeza. En tanto, el guardia marina de madera, al abrigo ya del rocío nocturno, le contemplaba desde el mostrador, bajo el cual Rob estaba preparando su cama. Tranquilizado Cuttle por el sosiego que rodeaba á Gills, puso rumbo á Brig Place con resolución de levar ancla al día siguiente muy temprano.

CAPÍTULO XXIV

ESTUDIOS DE UN CORAZÓN AMANTE

Sir Barnet y lady Skettles, su señora, eran unas buenas personas que vivían en una linda casita de campo en Fulham, junto al Támesis; ciertamente era una residencia agradabilísima en tiempo de regatas; pero tenía sus pequeños inconvenientes en otras épocas, por ejemplo cuando venía una crecida y se metía el río en el salón, y de paso se llevaba el césped del jardín y los arbustos.

Sir Barnet Skettles manifestaba su alta personalidad por la manera ceremoniosa con que abría su tabaquera de oro viejo, y por el imponente modo con que extraía del bolsillo un inmenso pañuelo, desplegándolo como una bandera y haciendo uso de él con ambas manos. Sir Barnet estimaba como finalidad de su vida la constante y no interrumpida extensión de sus relaciones sociales. Semejante á un cuerpo pesado cuando cae en el agua — y sin que en esta comparación exista el propósito de agraviar en lo más mínimo á tan respetable caballero — estaba en la naturaleza de sir Barnet el dilatar cada vez más el círculo alrededor suyo hasta los límites posibles. O si se quiere, de otro modo, semejante al sonido, cuyas vibraciones

en el aire pueden subsistir eternamente en el interminable campo del espacio, según la teoría de un sabio moderno, sir Barnet Skettles, no podía llegar al límite de sus descubrimientos á través del sistema social si no era en el extremo de su existencia.

Para sir Barnet no había cosa mas satisfactoria ni que á su parecer más le honrase, que relacionar entre sí á sus conocidos. Satisfaciale, decimos, pero también le conducía á su objeto. Por ejemplo, si tenía la buena suerte de acoger en su residencia á un recluta inexperto, á un provinciano, lo primero que hacía, al siguiente día de su llegada, era preguntarle: « Vamos á ver, amigo mío, ¿á quién desearía usted conocer? ¿Qué persona tendría usted gusto en tratar? ¿Le interesan á usted los artistas, pintores, músicos, escultores, actores, ó bien prefiere usted conocer á gente de letras? » El paciente acaso contestaba que sí, y mencionaba á una persona á quien personalmente no conocía sir Barnet más que al propio Tolomeo el Grande. No importaba; respondía sir Barnet que bien, que nada había más fácil, puesto que él conocía á dicho señor. Inmediatamente iba á casa de la persona solicitada y le dejaba una tarjeta diciéndole: « Muy señor mío: la eminente situación de usted le lleva á tener que sufrir impertinencias; ha de tolerar usted esta: en casa hay un amigo que tiene grandísimo deseo de conocer á usted; deseo de todo punto natural, y del que participamos lady Skettle y yo. Persuadidos de que el talento se sobrepone á la etiqueta, confiamos en que usted nos dispensará el honor de... etc., etc. » Y así es como sir Barnet Skettle mataba dos pájaros de una pedrada.

Al día siguiente de llegar Florencia á casa de sir

Barnet, por la mañana se presentó éste á la joven, tabaquera en mano y pañuelo en batalla. Cuando Florencia, dándole gracias, le contestó que no, que no se le ocurría conocer á nadie, que no tenía deseos de ver á nadie, mentalmente se rectificó, pensando en el pobre Wálter, perdido por su causa. Sin embargo, sir Barnet insistió diciendo: « Mi querida miss Dombey, ¿tiene usted la seguridad de que no hay ninguna persona cuyo conocimiento pudiera usted hacer con beneplácito de su señor padre?... A quien ruego á usted salude muy atentamente en mi nombre, as como en nombre de mi señora, cuando usted escriba... ¿No se le ocurre á usted ningún nombre? » Era natural que Florencia se acordase aún más del nombre de Wálter y que inclinase un poco la cabeza temblándole algo la voz al repetir que no.

Skettle, hijo, muy rígido y mortificado por la corbata, y no menos falto de flexibilidad en lo concerniente al espíritu, estaba de vacaciones en casa de su padre. A la verdad, se sentía bastante agraviado por tantas recomendaciones como su excelente madre le hacía respecto á que debía ser atentísimo y muy fino con miss Florencia. Más aún le molestaba á Skettler hijo, hasta el punto de amargarle la vida, que hubiesen venido, por invitación de su padre, el doctor Blimber y su señora, de quienes se le ocurrió decir que mejor habrían hecho en ir á pasar las vacaciones en Tierra Santa.

— ¿Y usted, doctor, no me indica tampoco á nadie? — preguntó sir Barnet á su huésped.

— Se lo agradezco mucho, sir Barnet — contestó el doctor Blimber; — pero, en realidad, no se me ocurre particularmente nombre alguno. Todos los hombres me interesan, en general. Yo digo, mi querido sir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Barnet, con Terencio, que todo padre de hijo por igual me interesa.

— Y usted, señora — añadió cortésmente sir Barnet dirigiendo la palabra á mistress Blimber, — ¿no quiere ver á ninguna persona notable?

Mistress Blimber, con amable sonrisa, contestó que si se encontrara sir Barnet en condiciones de presentarla á Marco Tulio Cicerón, ciertamente le suplicaría este servicio; pero que siendo esto á todas luces imposible, ella tenía suficiente satisfacción con la buena amistad de sir Barnet y de su dignísima señora, y con disfrutar, como disfrutaba, en unión del doctor Blimber, su marido, la confianza de tan respetable padre y madre en lo tocante á la instrucción de su hijo, tan querido — palabras que hicieron efecto harto desagradable al joven Barnet.

En estas condiciones tuvo que contentarse sir Barnet, por el momento al menos, con la sociedad reunida en su casa. Alegróse Florencia de esto, pues pensaba continuar unos estudios serios, que había tomado muy á pecho y que la interesaban sobre todas las cosas.

Y es que había en la casa otras jovencitas, unas niñas tan alegres y satisfechas con sus padres como aquellas rubitas que frente á su casa, en Londres, veía. Florencia quería sorprender el secreto de aquella franca manifestación de cariño; quería descubrir cuál era aquel arte sencillo, ignorado por ella, de hacer que su padre comprendiera lo mucho que ella le quería y de hacer también que su padre correspondiese á su cariño.

Muchos días pasó Florencia en observación cuidadosa : muchas mañanas á la hora en que se levantaba el sol glorioso de su lecho de rosa, ibase Florencia á la playa. Aún no se movía nadie en la casa : á distan-

cia contemplaba Florencia las ventanas y pensaba en las niñas, rodeadas de tan tiernos afectos : entonces se sentía más sola, aún más solitaria y abandonada que en casa de su padre : llegaba á pensar que se encontraría menos mal en aquella su triste morada y que más tranquila se hallaría sola, oculta, que allí, en medio de aquellas personas en quienes podía comprobar la diferencia que de ellas la apartaba. Entregada por completo á su estudio, aunque herida por cada una de las hojas del libro durísimo de la experiencia, trataba de adquirir con paciente esperanza aquellos conocimientos que tanto deseaba.

¡Ah! ¿cómo lograrlos? ¿cómo aprender aquella fórmula de encanto? Las hijas que ella contemplaba, mañana y tarde, ya eran dueñas, desde mucho tiempo antes, del corazón de sus padres. No tenían que vencer resistencias, no tropezaban con repulsas, no se hallaban enfrente de semblantes severos. Por la mañana, tan pronto como se abrían las ventanas, tan luego como se humedecían en rocío el césped y las flores, y empezaban las felices hijitas á correr por la hierba, Florencia examinaba cuidadosa aquellos rostros de alegría queriendo investigar en ellos. No ; no aprendía nada : estaba atrasadísima ; aquellas hijas podían acercarse á sus padres, acercarlos la frente para recibir en ella un beso, abrazar el cuello de su padre mientras éste, inclinándose, recibía las caricias contento. *Ella* no podía empezar por este punto. ¡Oh! ¡cuántas esperanzas perdía conforme iba adelantando en el estudio!

Acordábase perfectamente de la vieja; de aquella bruja que la raptó cuando era pequeñita; acordábase de su cara, de su vivienda, de lo que había hecho; todo continuaba grabado en su mente, como terrible

acontecimiento en el primer período de su vida. Si; acordábase perfectamente de que aquella vieja la había hablado de una hija, de cómo se había lamentado al pensar que nunca la vería... Verdad es que Florencia pensaba en su madre, en que ésta sí la había querido. Entonces advertía la profundidad del abismo que la separaba de su padre; temblaba entonces y lloraba imaginándose que no por haber vivido su madre habría conseguido ella el amor de su padre, pues, sin duda, carecía de aquella desconocida gracia que concilia el amor paternal desde la cuna. Comprendía después que con aquellos pensamientos agravaba á su madre, que no tenía fundamento lo que inconsideradamente pensaba, y en su deseo de justificar, á pesar de todo, á su padre, se culpaba ella misma obscureciendo su pensamiento.

Entre las personas que había en casa de sir Barnet se contaba una jovencita, más niña que Florencia, de unos dos ó tres años menos. Era una huérfana y estaba acompañada por una respetable señora, tía suya. Agradábale á esta señora conversar con Florencia y le gustaba (como á todos también) oírla cantar en las reuniones por la noche, sentándose á su lado y atendiéndola de mil maneras como si se tratase de una hija. Una mañana, cuando estaba Florencia, según su costumbre, entre el follaje del jardín, haciendo un ramillete de flores, contemplando un grupo de niñas y sin que éstas la vieran, oyó pasos cerca de ella y notó que al otro lado del follaje pasaban la señora cariñosa y su sobrina.

— Tía — decía la niña, — ¿Florencia es huérfana como yo?

— No, hijita: es huérfana de madre nada más; tiene padre.

— Va de luto por su pobre mamá, ¿verdad? — siguió preguntando la niña.

— No; es por un hermano.

— ¿Y no tiene otro hermano?

— No; no tiene más hermanos.

— ¿No tiene alguna hermana?

— No.

— Lo siento mucho, mucho — añadió la niña.

Detuviéronse la tía y la sobrina, mirando cómo evolucionaban unas lanchas, pero no siguieron hablando. Florencia se había quedado parada, y ya se disponía á salir al paseo y al encuentro de sus amigas, cuando se quedó sorprendida de nuevo al oír su nombre. La niña volvía á hablar de ella, diciendo:

— Todos quieren aquí mucho á Florencia, y lo merece. ¿Dónde está su papá?

La tía permaneció un instante en silencio, y luego contestó que no lo sabía. La manera como pronunció estas palabras, el sentimiento que revelaba en ella, sobrecogió á Florencia, dejándola como clavada en su sitio.

— ¿Pero está en Inglaterra? — observó la sobrina.

— Creo que sí: es decir, sí, sé que está en Inglaterra.

— Pero no viene nunca aquí.

— Creo que no.

— ¿Vendrá á verla?

— Me parece que no.

— ¿Está enfermo... es ciego... está impedido, tía?

Las flores que tenía Florencia en la mano estuvieron á punto de caérsele. Inclino la cabeza al tiempo que llegaban á sus oídos estas palabras:

— Catalina — dijo la señora á la niña, — te voy á explicar lo que acerca de Florencia sé y me parece

exacto; pero no digas nada á nadie, porque si ella lo llegara á saber se afligiría mucho.

— No diré nada — contestó resueltamente la niña.

— Ya sé que tú no dirás nada, estoy segura de ti como de mí misma. Pues bien, Catalina, me parece que el padre de Florencia hace muy poco caso de ella: la ve muy poco, nunca ha sido cariñoso con su hija; pero ahora menos que esto, no quiere verla, huye de su presencia. Ella le acariciaría con amor filial, pero su padre no se lo permite, no se deja querer. ¡Pobre niña! á todos los corazones sensibles inspira grande compasión y simpatía.

Esta vez dejó caer Florencia casi todas las flores, y las que se le quedaron en la mano se mojaron en lágrimas.

— ¡Pobre Florencia! ¡Pobrecita! — exclamó compasivamente la niña.

— ¿Y tú sabes por qué te he dicho todo esto? — añadió la señora.

— Para que sea yo más cariñosa con ella y haga todo lo que pueda para agradarla. ¿No es así, tía?

— Así es en parte; pero también hay otro motivo — contestó la señora. — Aunque la vemos muy risueña y afable con todos, por más que se nos presenta de manera tan servicial y dispuesta á participar de nuestras diversiones, no es feliz, es imposible que sea feliz. ¿No te parece, Catalina?

— No será feliz, no — contestó la niña.

— Ya comprendes — prosiguió la señora — que al observar de qué manera los niños que hay aquí disfrutan del cariño de sus padres — y precisamente son muchos ahora, — tiene que sufrir mucho en secreto.

— Si, tía: comprendo eso muy bien; ¡pobre Florencia!

Cayéronsele á Florencia más flores: las que aún tenía en las manos temblaron como agitadas por el cierzo.

— Catalina — prosiguió la señora con aquella voz seria, pero al mismo tiempo afectuosa, que tanto había impresionado á Florencia desde el primer día que la oyó, — de toda la gente joven que hay aquí nadie está más indicada que tú para ser amiga de Florencia y consolarla en sus aflicciones. Tú no puedes ser causa, como inocentemente lo son otros hijos más afortunados...

— No hay nadie más afortunado que yo, tía — exclamó Catalina abrazándose á la señora.

— Bien, bien — continuó ésta; — pero es el caso que tú no puedes recordar á Florencia la desventura en que se halla. Así, pues, procura hacerte su amiga, y considera que tienes un título particular para ello: el de carecer, como ella, del cariño materno.

— Pero yo no he carecido ni carezco de este cariño, tía, porque tengo el de usted...

— Es verdad, y por esto mismo no eres tanto de compadecer como Florencia. No hay absolutamente nada tan triste como la orfandad de la niña abandonada por su padre.

Todas las flores habían caído ya por tierra: Florencia se tapó la cara con las manos y cayó de rodillas llorando amargamente.

Pero firme en su resolución y decidida en sus propósitos, asióse á ellos lo mismo que su madre se había asido á ella el día en que dió vida á Pablo. No conocía su padre lo mucho que ella le quería. Pasaría tiempo, sin duda, pero al cabo se enteraría su padre. Entretanto, cuidaría de no dar lugar ni con palabras ni con miradas á que se desconceptuase ante los de-

más el carácter de su padre : era necesario evitar todo cuanto pudiera perjudicarlo.

Aunque correspondía á las atenciones cariñosas de la huérfana, sin violencia ninguna, por simpatía natural y agradecimiento, no se olvidaba de su padre. Si mostraba preferencia por ella (pensaba Florencia) confirmaría la opinión acerca de la naturaleza cruel de su padre, daría lugar á que se consolidara aquella creencia. No era posible. La satisfacción que experimentaría en la reciprocidad del afecto no compensaría el dolor del agravio á su padre. Debía aprovecharse de la conversación escuchada, no para consolarse, sino para instruirse. Así resolvió proseguir el estudio en que su corazón estaba empeñado.

Y lo prosiguió sin descanso. Si en su libro, relatando algún hecho, exponiendo algunas consideraciones históricas, se hacía alusión á algún padre desnaturalizado, al momento se le ocurría á Florencia que aquello podía tener aplicación á su padre : era necesario olvidarlo. Si se trataba de alguna pequeñez recreativa, como sainete, canción ó cosa semejante, siempre estaba Florencia con el mayor cuidado á las alusiones que pudieran aplicársele. Grande abnegación necesitaba para demostrarle su cariño. No pocas veces sintió haber salido de su morada triste y vieja; más tranquila hubiera estado en ella, entre sus desapacibles paredes. ¡Quién podía pensar al ver á la encantadora Florencia en la primavera de la vida, modesta reinécita de aquellos honestos festivales, que su imaginación estaba llena de tan graves y tan profundas inquietudes! ¡Quién pudiera creer, al sentir el frío de la atmósfera helada del padre, que sobre la cabeza de éste se iban acumulando tales brasas ardientes!

Florencia continuó sosegadamente su estudio queriendo descubrir el secreto de aquella gracia sobrenatural que buscaba, mas no lo conseguía. Algunas veces, algunas mañanas muy temprano, salía de la casa y se iba en busca de las familias pobres; pero siempre se sentía atrasada en la ciencia, con relación á lo que en las demás hijas veía : ya todas habían adquirido puesto en el corazón de sus padres, habían traspuesto ya el umbral donde ella se encontraba parada.

Muchas veces se fijó Florencia en un hombre que desde muy temprano por las mañanas empezaba el trabajo : trabajo irregular, puesto que unas veces se dedicaba á recoger los despojos de naturaleza insignificante que á marea baja se quedan en la arena : otras veces laboraba un pedazo de tierra, á cuyo borde tenía una cabaña; en algunos momentos echaba remiendos á una misera barca de que era propietario ó se ocupaba en una operación semejante sirviendo á algún vecino. Como quiera que fuese, siempre junto á aquel pobre hombre se encontraba su hija, una jovencita de la edad de Florencia. Pero aquella hija nunca se ocupaba en ayuda del padre : cualquiera que fuese la tarea de éste, la chica permanecía sentada, con aire de disgusto.

Bien hubiera querido Florencia entrar en conversación con aquel hombre, pero nunca se atrevía á dirigirle la palabra, sobre todo porque jamás se había vuelto hacia ella, cuando pasaba por su lado. Sin embargo, una mañana en que Florencia iba siguiendo un estrecho camino, entre árboles, hacia el terreno pedregoso que estaba entre la cabaña y el agua, encontró al buen hombre ocupado en calafatear una lancha puesta en el suelo quilla al aire. Al acercarse

Florencia, levantó el hombre la cabeza y por primera vez dió los buenos días.

— Buenos días — dijo entonces Florencia acercándose. — Temprano empieza usted el trabajo.

— Y aún lo empezaría más temprano si abundase la obra.

— ¿ El trabajo escasea ? — preguntó Florencia.

— Para mí, al menos — repuso el hombre.

Florencia miró disimuladamente á la chica sentada como siempre, con los codos apoyados en las rodillas y la cara en las manos.

— ¿ Es hija de usted esta joven ? — preguntó.

— Sí, señora — contestó el viejo dirigiendo al mismo tiempo una mirada cariñosa á la chica sentada. Florencia miró también á la muchacha y la dijo algunas palabras amables; pero la interpelada contestó á media voz y con desagrado.

— ¿ No tiene en qué ocuparse ? — dijo Florencia.

— No, señora — contestó el hombre con expresión de sentimiento, — yo trabajo por ambos.

— ¿ Son ustedes dos nada más ? — insistió Florencia.

— Nosotros dos. Su madre murió hace diez años. Marta — dijo dirigiendo la palabra á la muchacha, — ¿ no tienes nada que decir á esta señorita ?

La joven hizo un ademán de impaciencia volviendo el rostro para mirar hacia otro lado. Fea, desproporcionada, impertinente, de mal carácter, andrajosa, sucia... pero amada; ¡ oh, sí ! Florencia había notado aquella mirada del padre á su hija y en su mente la había comparado con otra que ella conocía.

— Mucho temo que mi pobre hija esté peor esta mañana — dijo el hombre interrumpiendo su trabajo

y contemplando compasivamente á la poco favorecida muchacha.

— ¿ Está mala ? — dijo Florencia.

El hombre suspiró profundamente y sin dejar de mirar á su hija contestó :

— No ha tenido cinco días buenos en cinco años.

— ¿ En cinco años ? — exclamó un vecino que á la sazón se había acercado para ayudar en el trabajo de la barca. — Mucho más que eso, John.

— ¿ Mucho más ? — replicó el padre echándose atrás el sombrero y pasándose la mano por la frente. — Puede ser : siempre me parece que ha pasado largo, largo tiempo.

— Y no sería tanto — continuó el vecino — si no la tuvieras tan mimada, y no la hubieras dado todos sus gustos, dejándola hacer siempre su capricho. Así es como ha llegado á ser una carga para ti y para todos.

— Para mí, no — dijo su padre poniéndose á trabajar de nuevo. — Para mí, no.

Florencia comprendió ¿ quién mejor que ella ? que aquel hombre decía la verdad. Se acercó á él y de buena gana le hubiera estrechado con efusión sus callosas manos, y le hubiera dado gracias por la bondad con que trataba á la desgraciada criatura.

— ¿ Quién habría favorecido á mi pobre hija, si no yo ? — repuso el padre.

— Ya, ya — contestó su vecino, — es natural ; pero lo que haces tú es despojarte de todo por ella, atarte de pies y manos por ella, haciéndote desagraciado. ¿ Y tú crees que te lo agradece tu hija ó que por lo menos se hace cargo de ello ? De ninguna manera.

El padre dirigió la mirada á su hija como pidiéndola una contestación ; pero ésta se encogió de hom-

bros y no hizo caso. El padre se quedó tan contento.

— Ahí tiene usted — dijo el vecino dirigiendo la palabra á Florencia y sonriendo con indulgencia, — ahí tiene usted todo lo que este hombre consigue de su hija : esa es su recompensa.

— Día vendrá, y ya siento que se halla próximo — contestó el padre — en que me faltará hasta el consuelo de verla : no resucitan los muertos.

Puso Florencia unas cuantas monedas en la mano del viejo y se alejó de aquel lugar, abismándose en sus pensamientos.

Si caía enferma, si se moría, como se había muerto su hermano ¿ cómo podría saber su padre lo mucho que ella la había querido? ¿ La querría él al menos en aquellos últimos instantes, se sentaría á la cabecera de su cama cuando ya casi no podría conocerle, la abrazaría para olvidar todo lo pasado, para perdonarla que no le hubiese revelado antes sus sentimientos de amor filial y para oír de ella con qué emoción salió del cuarto de su padre aquella noche inolvidable? ¿ Podría decirle en aquellas circunstancias todo lo que no se había atrevido á decirle hasta entonces, todos los esfuerzos que había hecho para aprender el camino que al corazón de su padre conducía?

Sí; se imaginaba que al verla muriéndose su padre se enternecería : pensaba que si su padre la veía en el lecho de muerte, en aquel lecho lleno de recuerdos del niño tan querido, su padre se emocionaría y la diría « ¡ Florencia, hija mía, vive, vive por mí, nos querremos en adelante tanto como nos hemos debido querer hasta hoy, desde hace tantos años ! » Le parecía oír estas palabras á su padre y que ella entonces echándole los brazos al cuello le contestaba :

« Todo ha concluido para mí en la tierra ; pero mi dicha ahora es imperecedera. »

Las doradas y luminosas ondas que en la pared del gabinete, velando á Pablo, había visto, se le representaban en la memoria como guiándola hacia el lugar donde se hallaban ya los seres queridos. Y luego, cuando miraba al río, que se deslizaba á su pies pensaba con tristeza, pero sin temor, en aquel río de que su hermano tantas veces había hablado diciendo que le arrastraba su corriente.

Presentes estaban en la mente de Florencia el pobre barquero y su hija enferma, pues apenas había transcurrido una semana desde aquel encuentro, cuando sir Barnet y su señora idearon dar un largo paseo invitando á Florencia para que los acompañara. Habiendo aceptado Florencia dispuso en seguida lady Skettles que fué con ellos el joven Barnet, pues nada complacía más á lady Skettles que contemplar á su hijo dando el brazo á Florencia.

Barnet, á la verdad, no parecía muy de acuerdo con la satisfacción de su madre, permitiéndose algunas observaciones en voz alta acerca del « montón de chiquillas » que le importunaban. Pero como no era cosa fácil alterar el bondadoso carácter de Florencia, el joven se reconciliaba con su suerte á los cinco minutos y el paseo amistosamente se efectuaba : Lady Skettles y sir Barnet iban detrás de los dos jóvenes, altamente complacidos y satisfechos.

Tal fué el orden en que se desarrollaron los sucesos la tarde á que nos referimos. Paseando iban y ya casi había conseguido Florencia que á su joven acompañante se le pasara el disgusto de darla el brazo, cuando acertó á cruzar próximo á ellos un señor á caballo : al verlos, el caballero se detuvo, y volviendo

bridás se les acercó ceremoniosamente, con el sombrero en la mano.

El caballero había mirado principalmente á Florencia y cuando vió que ésta se estremecía como asustada, haciéndola una profunda reverencia, la dijo :

— No se asuste usted; mi caballo es muy dócil.

No era el caballo lo que había dado miedo á Florencia sino el caballero, el aire de aquel hombre.

Habiéndose reunido á los jóvenes sir Barnet y lady Skettles, el señor á caballo añadió:

— Si no me engaño, tengo el honor de dirigir la palabra á miss Dombey.

Florencia contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza. El caballero se sonrió afablemente y prosiguió :

— Me llamo Carker : tal vez no sea desconocido mi nombre para miss Dombey... me atrevo á suponerlo... Carker.

Florencia sintiendo una extraña sensación de frío, á pesar de lo caluroso que era el día, hizo la presentación de Carker á la familia amiga: Carker fué acogido de una manera muy amable.

— Pido á usted mil perdones — dijo Carker, — pero como mañana por la mañana tengo que ver á mister Dombey en Leamington, me complazco en ponerme á las órdenes de usted para el caso de que quiera enviar algún recado á papá : inútil es encarecer cuánto me honraria la misión.

Sir Barnet pensó inmediatamente que Florencia querría escribir á su padre y así propuso volver á casa y rogó á mister Carker que se quedase á comer con ellos sin ceremonia y vestido de viaje, como estaba. Contestó mister Carker que con gran sentimiento suyo

no podía aceptar la invitación, pues ya estaba comprometido con otros amigos; pero que tenía tiempo para esperar á que miss Florencia escribiera y esperaria cuanto fuera preciso. Diciendo esto se sonrió é inclinandose sobre la cabeza del caballo y mirando á Florencia fijamente hablando con los ojos parecia decirle « no hay noticias del barco. »

Tal vez dijo, en efecto, estas palabras entre dientes : en todo caso Florencia creyó oirlas y se quedó sobrecogida de espanto. Apenas pudo contestar con voz débil que agradecía mucho la oferta, pero que no tenía nada que decir á su padre y no escribiría.

— ¿ Ni nada que enviarle? — dijo Carker.

— Nada — replicó Florencia — nada más que la expresión de mi cariño, si usted se sirve transmitírsela.

Turbada como Florencia estaba, levantó la vista, de una manera suplicante, al rostro de aquel hombre : bien comprendió Carker lo que aquella mirada decia, que un mensaje suyo para su padre seria cosa enteramente desusada. Mister Carker sonrió y después de recibir de sir Barnet y de lady Skettles el encargo de saludar atentamente á mister Dombey, se separó de ellos, dejándoles una impresión muy favorable. Florencia se estremeció de nuevo; lo que hizo que sir Barnet, adoptando la superstición popular, dijese que alguien pasaba en aquel instante sobre la futura tumba de Florencia. Carker volvió la esquina, tornó la vista para saludar por última vez, y como si quisiera justificar el presentimiento popular, se encaminó en la dirección del cementerio.

CAPÍTULO XXV

EXTRAÑAS NOTICIAS DE TÍO SOL

Aunque no era muy dormilón el capitán Cuttle no madrugó la mañana siguiente á la noche en que vió cómo Sol Gills estaba escribiendo, muy atareado, en su tienda, con el guardia marina en el mostrador y Rob presto á acostarse. Las seis habían dado cuando el capitán Cuttle se despertó y apoyándose en el codo se incorporó en la cama. Mucho le importunaban los ojos si le daban siempre que hacer tanto como esta mañana en que tuvo que restregárselos bien fuerte para excitar su vigilancia. Verdad es que las circunstancias no eran ordinarias, porque nunca se había visto á Rob en el cuarto del capitán : y era Rob, no podía dudarse, el que estaba allí, de pie, á la puerta de la habitación del capitán, sofocado por venir de lejos y corriendo.

— ¿Qué es eso? — dijo el capitán que ya se disponía á levantarse. — ¿Qué ocurre?

Pero antes de que pudiese articular Rob una palabra el capitán saltó de la cama, se precipitó hacia el visitante, y tapándole la boca con la mano le dijo :

— ¡ Ni una sílaba ! No rechistes hasta que te lo mande. ¡ Hala ! Espérate.

Y mirándole con aire de consternación, le empujó hacia la habitación inmediata encomendándole que no se moviera : en seguida se retiró de su presencia para volver al poco rato vestido con su traje azul. Pero aún no levantó á Rob la prohibición de hablar : antes se fué á una alhacena y se tomó una copita de aguardiente, dando otra al mensajero. En seguida se apoyó de espaldas en un rincón del cuarto, como para resistir de pie, á las noticias que iba á escuchar, y volviendo á beber, con la mirada fija en el mensajero y el rostro lo más pálido que su naturaleza lo permitía dijo á Rob :

— ¡ Vira de proa !

— ¿ Que hable, capitán ? — preguntó Rob á quien habían impresionado mucho todas aquellas precauciones.

— Eso es — contestó el capitán.

— Pues bien, señor — añadió Rob, — no tengo casinada que decir ; pero vea usted esto.

Y Rob presentó un manojo de llaves. El capitán examinó las llaves y miró luego al mensajero.

— Y vea usted esto — prosiguió Rob.

Era un paquete lacrado, que el capitán examinó lo mismo que las llaves.

— Cuando me levanté esta mañana, capitán — dijo Rob — era las cinco, poco más. La puerta de la tienda estaba abierta, de par en par, encima de mi cama vi estas llaves : mister Gills se ha marchado !...

— ¿ Se ha marchado ? — exclamó el capitán.

— Ha desaparecido, señor — dijo Rob.

El capitán dió una voz formidable y salió del rincón de una manera tan impetuosa que Rob retrocedió y fué á parar á otro rincón alargando los brazos y empuñando el pliego y las llaves como en defensa.

— Para el capitán Cuttle, señor — exclamó Rob — en el paquete y en las llaves lo pone. Le juro á usted que no sé nada más : ¡que me muera si no es verdad! ¡Bonita situación es la mía! ¡ahora que había encontrado una colocación, mi amo se va y á mí me echan la culpa!

Estas lamentaciones tenían por causa la mirada de asombro, ó más bien de ira, llena de sospechas, de acusaciones y amenazas con que el capitán clavaba los ojos en el chico. El capitán cogió el pliego, lo abrió y leyó esta línea :

« Mi querido Ned Cuttle : adjunta mi última voluntad » : el capitán volvió la hoja con insegura mano y siguió leyendo « y mi testamento ».

— ¿Dónde está el testamento? — exclamó el capitán dirigiéndose á Rob. — ¿Qué has hecho del testamento, desgraciado?

— Yo no lo he visto — gimió Rob, sollozando. — Soy inocente, capitán. ¡Yo no lo he visto nunca!

El capitán como diciendo que ya se vería luego esto, siguió su lectura.

« No rompa el sobre antes de un año ó antes de tener noticias ciertas de mi querido Wálter, también querido por usted, Ned, estoy seguro. »

Dominado por la emoción, el capitán hizo una pausa; pero en seguida, como si le hubiese avergonzado aquella sensibilidad y quisiera reponerse dignamente de ella lanzó una terrible mirada al desventurado mensajero.

« Si nunca volviera usted á oír hablar de mí ó si no me volviera usted á ver, amigo Ned, piense en mí como en un leal amigo, guarde usted de mí un buen recuerdo y hasta que transcurra el plazo que le digo no toque á nada de la casa, déjelo todo como está

para Wálter. No hay deudas : reembolsé á la casa Dombey la totalidad de su préstamo. Remito á usted todas las llaves, con este pliego. Guárdelo tranquilamente todo. No haga gestión alguna en mi busca; sería inútil. Y no se hable más de su fiel amigo que le quiere.

« SOLOMÓN GILLS. »

El capitán lanzó un largo suspiro y leyó estas otras palabras, escritas en postdata :

« El joven Rob me fué recomendado por la casa Dombey. Si se llega á subastar todo, conserve usted, mi querido Ned, el guardia marina. »

Para dar idea de cómo el capitán se sentó, volvió á leer la carta y á releerla veinte veces, de cómo viendo ante él al malaventurado Rob se imaginaba, sin duda alguna, presidir un consejo de guerra, sería necesario tener el poderoso ingenio de esos hombres que menosprecian á sus contemporáneos y sólo piensan en la aprobación de las generaciones futuras. Al principio el capitán quedó anonadado, sin poder discurrir cosa alguna, no pensando en otra cosa que en la carta : luego empezaron á representársele en la mente diversas circunstancias, accesorias al hecho principal; pero entonces tornaba á la primera confusión sin conseguir claridad ninguna en sus ideas. En aquella disposición de ánimo, lo único que positivamente veía el capitán Cuttle era al portador de aquellas noticias; y así decidió comenzar por considerarle sospechoso. Tan resuelta era esta decisión que se le conocía en la cara y Rob la comprendió :

— ¡Oh, capitán!... ¿Cómo puede usted suponer... por qué me mira usted de ese modo?

— No chilles antes de que te toquen. Vamos á ver cómo te explicas — dijo Cuttle.

— Pero si no tengo nada que explicar... — repuso el chico.

— ¡Andando! — exclamó enérgicamente el capitán. — Ahora vamos á verlo.

Persuadido de la responsabilidad que las circunstancias le imponían, convencido de que era necesario profundizar en aquellos sucesos misteriosos, se decidió á examinar por sí mismo el domicilio de Solomón, pero sin desprenderse del criado. Desde luego tenía á éste por preso : no sabía si atarle de manos ó de pies ó sujetarle con una bala de cañón encadenada en una pierna, pero, al fin, dudando si sería ó no legal este procedimiento optó por uno más sencillo que fué agarrarle por el pescuezo y llevárselo así por la calle, á reserva de acogerle si era necesario.

Pero el preso no se resistió lo más mínimo : de modo que sin incidentes llegaron á la tienda del óptico. Lo primero que hizo el capitán fué abrir la tienda, que entrase la luz por los cristales y no quedase ningún rincón oscuro. En seguida comenzó sus pesquisas.

Por de pronto se sentó en una silla, en medio de la tienda, como presidente de un tribunal solemne de él solo compuesto. Luego mandó á Rob que se acostase, en su cama, debajo del mostrador como lo había estado la noche precedente : que le señalase, con toda exactitud, dónde había encontrado las llaves al levantarse, dónde el paquete; cómo estaba la puerta cuando la vió abierta; de qué manera echó á andar camino de Brig-Place — cuidando, por supuesto, de que no se largase de veras, siguiendo el simulacro. — Y, en fin, después de repetir los movimientos y las evoluciones desde el principio al fin, el capitán movió

la cabeza y pareció indicar que no estaba claro el asunto.

Luego, como guiado por la idea de descubrir un cadáver, registró de alto abajo la casa : tanteó por todos los rincones de la bodega, se dió con la cabeza en las vigas y telarañas de la guardilla. En el cuarto de Solomón reconoció que su amigo no se había acostado en su cama y que únicamente se había echado encima del edredón, viéndose en éste la huella dejada por el peso.

— A mí me parece — dijo Rob — que mister Gills en estos últimos días ha estado sacando paquetes llevándose poco á poco la ropa, sin llamar la atención : por esto salía tan á menudo.

— ¡Hola! — dijo el capitán misteriosamente — ¿y cómo sabes eso?

— Pues porque estoy viendo que faltan las navajas de afeitar y el neceser — contestó Rob — y las camisas, y las botas...

A medida que iba mencionando Rob estos objetos pasaba el capitán revista al mismo chico por si se los había apropiado; pero en cuanto á los útiles de afeitar, no tenían objeto en Rob; por otra parte, era evidente que no se cepillaba y, en lo concerniente á la ropa que tenía puesta estaba tan raída que no era posible confundirla con ninguna de Gills.

— ¿Y á qué hora piensas tú que se ha marchado tu amo? ¡Cuidado, eh! no mientas — dijo Cuttle.

— Ha tenido que ser poco después de coger yo mi primer sueño — contestó Rob.

— ¿A qué hora? — preguntó el capitán precisando.

— ¿Cómo quiere usted que lo sepa? — replicó Rob.

— Lo único que sé es que mi primer sueño es muy pesado y que después con facilidad me desvelo. De

modo que si mister Gills hubiese andado por la tienda al amanecer, aunque hubiera pasado descalzo me hubiese despertado. Y además no se me habría escapado el ruido de la puerta.

Una madura reflexión acerca de estas circunstancias hizo que el capitán empezase á creer que, efectivamente, Solomón Gills se había marchado por espontánea decisión suya. A mayor abundamiento tenía la carta, aquella carta escrita, sin ninguna duda, de puño y letra de Solomón y por la cual sin dificultad se comprendía que había ideado marcharse y que se había marchado en efecto. Quedaba por averiguar á dónde y por qué. Faltándole datos para resolver el primer punto se limitó á meditar sobre el segundo.

¿Por qué se habría marchado? Acordábase el capitán Cuttle de la preocupación que parecía embargar el ánimo del viejo la última vez que le había visto; de la extraña manera como se separó de él, que no acertó á comprender en el instante, pero que ya se explicaba ahora: apoderóse del capitán un gran temor de que las inquietudes por la ausencia de Wálter hubiesen llevado á Solomón Gills hasta el suicidio... Y la verdad era que la misma incapacidad, confesada por Solomón, de soportar las amarguras de la vida, la imposibilidad de sufrir la incertidumbre y los fatales desengaños, inducían á considerar esta hipótesis del suicidio como cosa probable.

No teniendo deudas, no pudiendo considerarse en riesgo de perder sus bienes, ni con razones para temer por su libertad, no cabía sino suponer un extravío mental como causa de aquella misteriosa fuga. Si se había llevado alguna ropa, algunos efectos (lo que aún no podía afirmarse), tal vez, según el razonamiento del capitán, sería para confundir, precisamente

para despistar á los que quisieran averiguar su paradero: tal vez para que el mismo amigo que de este modo discurría en aquellos momentos se quedara tranquilo.

A esto quedaron reducidas las reflexiones del capitán Cuttle: no poco tiempo necesitó para llegar á este convencimiento pero al cabo se persuadió de que estaba en lo cierto.

Desalentado y abatido en extremo, consideró el capitán Cuttle que era justo levantar el arresto en que tenía al joven Rob, sin dejar por esto de vigilarle con cuidado.

En el estudio del ujier Brogley se procuró el capitán Cuttle un guardián de la tienda y dejándola á su cuidado, se puso en marcha, juntamente con Rob, en busca de los restos mortales de Solomón Gills.

No hubo puesto de policía ni casa de socorro ni hospital ni asilo que escapase á la investigación del capitán: no hubo rincón de Londres donde dejase de brillar el sombrero de hule. En los embarcaderos, muelles, puertos, barcos anclados, río abajo, río arriba, aquí, allá, en todas partes relucía el sombrero del capitán entre la gente como el yelmo de un héroe en épica batalla. Durante una semana no dejó de leer el capitán todos los periódicos, todos los anuncios para ver los nombres ó el señalamiento de las personas víctimas de alguna desgracia. Al momento corría al depósito de cadáveres solicitando que le dejasen examinar si era ó no su amigo; pero no hallaba más que desgraciados marineros caídos de los palos ó tipos extraños de luengas barbas negras. « Así tengo la seguridad de que no es él » decía el capitán. Y esta seguridad siempre era un consuelo.

Al cabo renunció el capitán Cuttle á este género de investigaciones, poniéndose á reflexionar sobre lo que procedería hacer desde luego. Leida más y más la carta de su amigo Solomón vino el capitán en conocimiento de que lo más urgente era conservar el domicilio para Wálter. En consecuencia se resolvió á reemplazar por sí mismo á Solomón Gills en su tienda, instalándose en ella y vendiendo instrumentos, en espera de lo que aconteciese.

Pero el propósito de instalarse en casa de Solomón Gills suponía el de abandonar las habitaciones en casa de mistress MacStinger. ¿Cómo hacer esto? He aquí el problema que atormentaba al capitán, pues no se le ocultaba que jamás consentiría su patrona un abandono semejante. Por consiguiente, tomó la desesperada resolución de fugarse de noche.

— Ahora, muchacho — dijo el capitán á Rob cuando tuvo bien madurado su ardid — vas á tener mucho cuidado. Mañana no me verá nadie por aquí hasta la noche, quizás hasta después de media noche. Pero tú vas á estar de centinela, atento á la puerta, y tan pronto como me oigas llamar, á escape me abrirás la puerta.

— Muy bien, capitán — dijo Rob.

— Tú continuarás en esta casa — añadió el capitán con expresión benévola — y puede ser que asciendas si remamos ambos á una. Sobre todo, has de tener muchísimo cuidado mañana: tan pronto como me oigas llamar, sea la hora que quiera, no pierdas un instante y abre la puerta.

— No tenga usted cuidado — dijo Rob.

— Es preciso que entiendas — añadió el capitán volviéndose atrás cuando ya había dado unos pasos para marcharse — que por un motivo cualquiera puede

suceder que venga detrás de mí alguien y podría echarme la mano encima mientras estuviera á la puerta esperando. Por consiguiente, has de abrirme en el acto.

Aseguró Rob nuevamente que no perdería un solo momento. Y con esta seguridad, seguro Cuttle de haber tomado todas las precauciones posibles, se encaminó por última vez á su domicilio de Brig-Place.

Cuando consideró bien el capitán que era en efecto la última vez que iba á entrar en casa de mistress Mac Stinger y se dió cuenta del horrendo combate que bajo su casaca azul se empeñaba, tuvo verdadero pavor. Pasó el día en un susto, estremeciéndose cada vez que oía los pasos de la patrona por el portal y la escalera. Precisamente acertó á encontrarse mistress Mac Stinger aquel día de un humor desacostumbrado por lo suave, plácida como una mansa oveja, de modo que la conciencia del capitán pasó por un terrible trance cuando vino á preguntarle la patrona si quería que le guisara alguna cosa para comer.

— Vamos, capitán: unos riñoncitos con pudding — propuso la patrona — ó un corazón de carnero. No tema usted incomodarme.

— No, señora, no; muchas gracias — repuso el capitán.

— ¿Prefiere usted un pollo asado, con un poquito de relleno y salsa de huevos? — añadió mistress Mac Stinger. — Anímese usted, capitán.

— No, señora, no; muchas gracias — dijo Cuttle, sumamente confuso.

— ¡Ea! es que hoy no está usted bueno — dijo la patrona. — Estoy segura de que necesita usted un estimulante. ¿Quiere usted que traiga una botellita de Jerez?

— Vaya, señora, venga esa botella si es que me hace usted el favor de tomar un par de copitas conmigo — contestó el capitán. Y en seguida, como si le remordiese la conciencia añadió: — Dígame usted, mistress Mac Stinger, ¿tendría usted inconveniente en permitirme que la pague tres meses de cuarto, adelantados?

— ¿Y por qué? — repuso la patrona con cierta sorpresa desagradable, según le pareció al capitán.

— Por nada, señora — contestó sumisamente Cuttle. — Es que yo no sé guardar el dinero y éste se va sin saber cómo. Por esto me haría usted favor aceptando ese pago adelantado.

— ¡Si usted se empeña!... — dijo mistress Mac Stinger frotándose las manos. — Cuando se tiene familia, nunca viene mal el dinero.

— ¿Quiere usted hacerme la merced, señora, de regalar á los niños de mi parte esta moneda de diez y ocho peniques? — Diciendo esto el capitán cogió la caja de hojalata en que tenía su caudal. Y añadió: — si quisiera usted llamar á sus niños me alegraría mucho de verlos.

Aquellos inocentes Mac Stingers fueron como puñales clavados en el corazón del capitán cuando se precipitaron en sus brazos, con una confianza que él no merecía. La mirada de Alejandro Mac Stinger, su predilecto, le era intolerable; la voz de Juliana Mac Stinger, retrato de su madre, le azoraba.

El capitán, sin embargo, se mantuvo bastante bien, durante el par de horas que estuvo lidiando con los chicos: entre otros estropicios le hicieron el de sentársele en el sombrero de hule y darle golpes con los tacones de los zapatos, con lo que le apabullaron levemente. Por último, el capitán los despidió, no sin

sentir el aguijón del remordimiento al decir adiós á tan amadas querubines, lo mismo que si se aprestara á ejecutar algún mal hecho.

En el silencio de la noche empaquetó lo que le pertenecía, guardándolo todo en un baúl que cerró con llave, persuadido de que allí se quedaría para siempre: sin embargo, le quedaba la remota esperanza de que algún día hubiese un hombre de suficiente valor y arrojo para ir en busca del baúl. En cuanto á los objetos indispensables el capitán hizo con ellos un envoltorio, acomodó los objetos de plata en su bolsillo y se preparó para la fuga. A media noche, cuando Brig-Place estaba sumida en el reposo y mistress Mac Stinger arrullada en dulces ensueños rodeada de sus vástagos, el perverso capitán salió de su cuarto y bajó la escalera de puntillas, abrió á oscuras la puerta, la cerró con el mayor tiento y puso pies en polvorosa.

La imagen de Mac Stinger le seguía: él la veía con su imaginación, echándose abajo de la cama y corriendo tras de él, sin detenerse ante su aligeramiento de ropa, con la idea de darle caza y encerrarlo de nuevo. Perseguiánle también los remordimientos por el horrendo crimen que cometía. Así recorrió el capitán largo espacio, sin detenerse hasta llegar á casa del óptico. Llamó, y Rob que estaba esperándole, abrió la puerta sin demora. Cuando el capitán se vió dentro de la tienda, cerrada y atrancada la puerta, empezó á sentirse más tranquilo.

— ¡Gracias á Dios! — exclamó el capitán mirando en derredor — ¡Al fin, respiro!

— Pues ¿qué ocurre? — preguntó el joven Rob, hostezando.

— Nada, nada — contestó el capitán asustado al

oír pasos en la calle. — Escucha lo que te voy á decir : si se presenta una señora, sea quien quiera, excepto si es alguna de las dos que viste aquí el otro día ¿comprendes? si fuera de éstas, se presenta aquí alguna señora y pregunta por el capitán Cuttle, dirás, redondamente, que no conoces semejante nombre y que nunca lo has oído en esta casa. ¡Mucho cuidado!

— Está bien, capitán — dijo Rob.

— Lo que puedes decir, si te parece — añadió el capitán con alguna vacilación — es que precisamente has leído en un periódico que un capitán así llamado ha salido con rumbo á Australia, emigrando con una porción de marineros que se proponen no volver jamás á Inglaterra. ¿Estás?

Rob dió á entender que sí había comprendido. El capitán le prometió que si cumplía bien sus órdenes le haría hombre de provecho : con esto le dió licencia para que se acostara y él se subió al gabinete de Solomon Gills. Los sustos que pasó el capitán al siguiente día, siempre que veía pasar alguna señora por delante de la tienda, no podrían contarse : á cada momento huía á esconderse en la trastienda imaginándose, que ya le había descubierto mistress Mac Stinger. Al fin, para evitarse aquellas maniobras defensivas, puso una cortinilla en la vidriera que separaba la trastienda : metió en la cerradura, por dentro, la respectiva llave y abrió un ventanillo. De esta suerte á la primera alarma corría á la trastienda, cerraba la puerta vidriera y por el ventanillo observaba las evoluciones del enemigo. Però tantas eran las mujeres que por la calle transitaban que el pobre capitán no hacía más que entrar y salir de su fortaleza.

A pesar de estas evoluciones encontró espacio el capitán para examinar lo que la tienda contenía en

materia de instrumentos científicos. Y fué su parecer (con harto sentimiento de Rob) que procedía limpiar los metales y restregarlos todos para que estuviesen bien relucientes. Luego puso á todos los aparatos sus correspondientes marbetes : es decir, los correspondientes según su parecer, con precios de igual manera caprichosos, desde diez chelines hasta cincuenta libras esterlinas. En seguida llenó el escaparate y el público empezó á mirar tan extraño muestrario con evidentes señales de asombro.

Concluidas tan profundas reformas empezó el capitán á considerarse hombre de ciencia : aquella atmósfera le infundía gustos y aficiones desconocidas ; por la noche y mientras fumaba la pipa se ponía á contemplar las estrellas, á través del techo de cristales en el cuartito comedor, lo mismo que si formaran las estrellas parte integrante de la tienda. Además, en su nueva condición de mercader establecido en la City, empezó á interesarse en lo que hacían ó dejaban de hacer el Lord Mayor, los Sheriffs y las Public Companies ; se creía también en el deber de leer la cotización de la Bolsa, sin dejar un día ; pero, á la verdad, sus conocimientos en el arte de navegar no le servían para orientarse en aquellas lecturas. Pensando que interesarían á Florencia las extraordinarias noticias de tío Sol, no dejó de ir á casa de miss Dombey con propósito de informarla ; pero no estaba en Londres esta joven. Entonces se encerró el capitán en la tienda, sin otra compañía que Rob y allí, sin noción exacta del tiempo, como acontece á los hombres que experimentan grandes cambios de vida, empezó á pensar en Wálter, Solomón Gills y hasta en la misma mistress Mac Stinger como vagas inanimadas sombras perdidas en lo remoto del pasado.